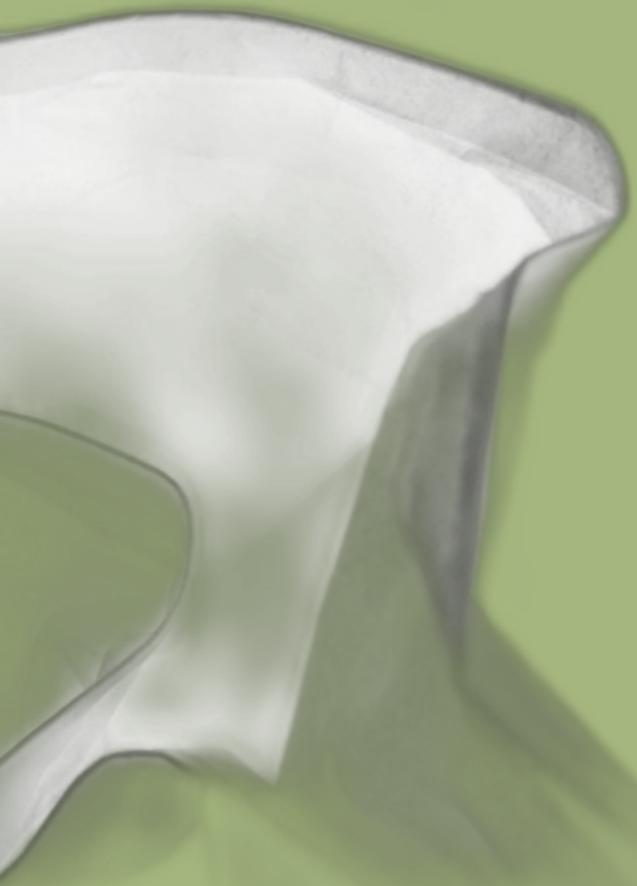


# El Ratón de los Dientes<sup>1</sup> y la alimentación de nuestros antepasados

Por Astrid Nava López  
Posgrado en Antropología, UNAM



<sup>1</sup> Derivado del Proyecto PAPIIT 1A401024: Estudios arqueométricos y biomoleculares en poblaciones prehispánicas en el centro de Veracruz e Hidalgo. Dirigido por la Dra. Judith Ruiz González y el Dr. Carlos Serrano.



Un día, en la mañana muy temprano, estaba una antropóloga física en el laboratorio de Osteología cuando escuchó un ruido muy bajito. Entonces puso más atención y notó que eran como unos pequeños pasos y rasguños en las cajas donde se guardan los entierros recuperados por los arqueólogos... “¿Qué será?”, pensó.

Silenciosamente, se alejó un poco de la mesa del laboratorio. En ese momento, analizaba los esqueletos de personas muy antiguas. No veía nada. Echó un vistazo al piso y vio a un pequeño ratón... no un ratón común y corriente. Este ratón caminaba en dos patas, tenía una hermosa capa azul sujeta a su cuello y una corona de oro muy brillante sobre la cabeza, y en sus manitas sostenía una pequeña bolsa plateada.

La antropóloga estuvo a punto de gritar, pero recordó aquellas historias que le contaba su mamá sobre el Ratón de los Dientes que viene a recoger los que, cuando somos niños, se nos caen, y que ponemos debajo de la almohada a cambio de dinero.

“¿Qué hace en el laboratorio?”, pensó.

–Oye, pequeñín, ¿qué estás buscando aquí? Lo lamento mucho, pero éste no es un sitio para ningún tipo de animalito. Además, aquí ningún niño te ha dejado sus dientes.

El Ratón de los Dientes, sorprendido por encontrar a alguien tan temprano, miró hacia arriba y respondió muy educadamente:

–Lo siento, estoy en horario laboral. ¿No me reconoces? Debo recoger los dientes que se les caen a los niños, y escuché que aquí tienen muuuuchos. ¿Sabes en cuál de todas estas cajas están?

–Ja, ja, ja –rió con carcajadas la antropóloga. Después, reflexionó

–Bueno tienes razón, aquí tenemos muchos dientes, pero todos estos dientes tienen dueño. Me temo que no puedes llevarte ninguno.

–¡¿Qué?! –respondió el ratón, muy sorprendido–. No me estás entendiendo. Soy el Ratón de los Dientes y desde hace muuuuchos años recolecto los dientes de las niñas y los niños, a cambio les dejo un poco de dinero. Sólo que... –el ratón se quedó pensativo y tomó un gran suspiro–, de un tiempo para acá los niños ya no me dejan los dientes bajo la almohada. Son tiempos difíciles, ¿me entiendes? Y si a esto sumamos que el Hada de los Dientes me hace la competencia, pues... Por eso estoy buscando en diferentes sitios, yo necesito continuar haciendo mi trabajo.



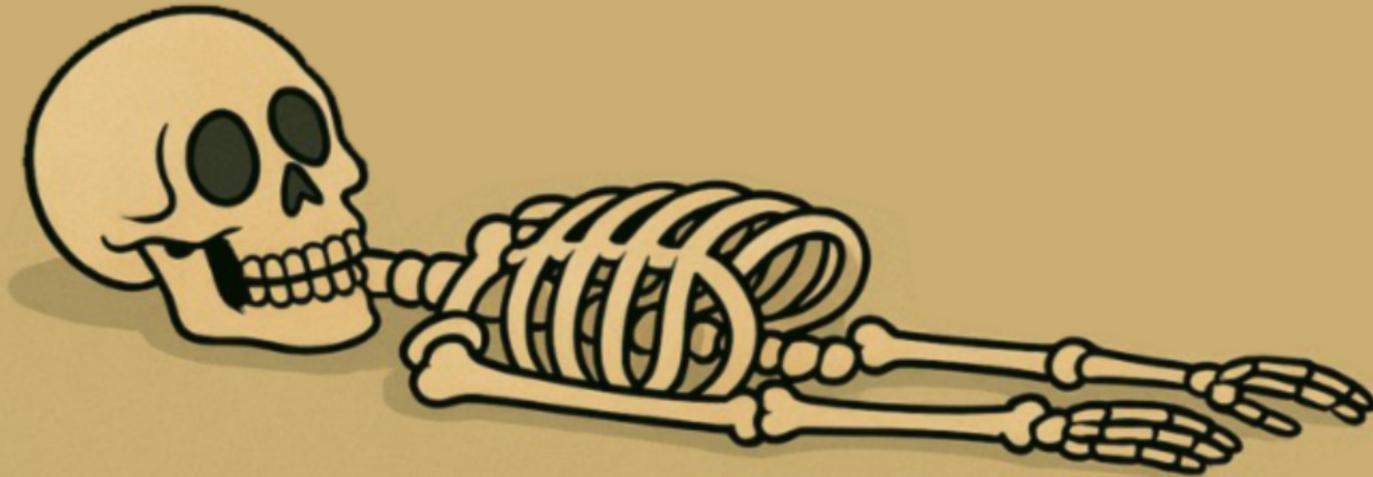
–Lo siento mucho, ratón, pero estos dientes deben permanecer aquí, todos tienen dueño. Te explico. Ven conmigo.

El ratón caminó junto a la antropóloga y vio que estaba trabajando con los huesos de una persona. Lo primero que le interesó fueron sus dientes:

– ¡Qué dientes tan sanos! ¡qué bonitos!, ¡qué enormes! ... Y ahí tienes más, déjame llevar aunque sea uno, por favor, ¿sí...?

La antropóloga respondió:

–Sí tiene muchos dientes, pero estos le pertenecen a esta persona y siempre debe tenerlos consigo.



El ratón, aceptando que no tenía oportunidad de llevarse ninguno, preguntó:

–¿Y éste quién era y por qué tienes sus huesos?  
¿Por qué no me puedes dar sus dientes?

–Porque esta persona es uno de nuestros antepasados. Vivió en Veracruz hace cientos de años, antes de que nuestro territorio fuera un país como lo conocemos, de hecho aún no habían llegado los españoles a México. Y se encuentra aquí porque éste es un laboratorio donde profesionales estudiamos sus huesos para conocer más sobre cómo fue su vida.



–¡No me digas! ¿Tan viejos son? ¿De qué parte de Veracruz? ¡También ahí es mi zona de trabajo, conozco toooooo Veracruz!

–Del valle de Maltrata. Un lugar habitado desde hace cientos de años. Incluso servía como un sitio de descanso en las rutas de comercio prehispánicas entre el Golfo de México y el Altiplano Central, donde ahora se ubican Puebla, Tlaxcala y la Ciudad de México.

–¡Ahhhhhhhh, sí, claro, claro! Es muy bonito Maltrata, recuerdo que el volcán Pico de Orizaba adorna su maravilloso paisaje; además es famoso por sus ricas tortillas hechas a mano, como en ningún otro lugar. Pues te cuento, en diciembre dejé ahí \$50 pesos a un niño de 8 años llamado Iván, por una de sus muelas ¡Ay, qué recuerdos de Maltrata!



Molares de Iván para el Ratón de los dientes.

El ratoncito se quedó un poco pensativo, y dijo:

–Pero, no entiendo. –El ratón se quedó en silencio nuevamente, y no sabía cómo hacer su pregunta...–¡¿COMO PARA QUÉ QUIEREN ESTOS DIENTES?! –exclamó un tanto exaltado. Digo, ¿Tú que ganas conservándolos si a mi me sirven, me los puedo llevar? Es más, échamelos en este costal y tú me dices cuándo vuelvo a venir por más. Te doy 20 pesos...¿cómo ves?

–Tranquilo, ratón, mira, te voy a explicar. Aquí estudiamos los dientes minuciosamente para conocer algunos aspectos de la vida de estas personas, como su salud oral, si tenían caries, si perdieron dientes antes de morir, si tuvieron infecciones en los dientes y otras enfermedades... incluso dónde crecieron las personas y qué comían. ¿Sabes lo importante que es eso para la historia? ¡Es increíble! ¿no crees?

–¡¿A poco pueden saber qué comían sólo viendo sus dientes?!

–Pues sí, de alguna manera. En mi caso, yo lo hago retirando el sarro dental que se encuentra en la superficie y lo analizo. Hoy en día, vale oro ese sarro.

–Espera un momento... ¿Les repiten a las niñas y niños una y otra vez que se laven los dientes para evitar ese molesto sarro y ahora resulta que es valioso?

–Sí. Yo sé que, para ti, que aprecias mucho la limpieza en los dientes, es difícil pensar que es valioso. Pero en este laboratorio lo apreciamos bastante. Recuerda: estamos hablando de personas que vivieron hace muchísimos años, antes de que existieran los cepillos y las pastas de dientes, por lo cual era mucho más común que las personas tuvieran sarro. Y su valor es porque, como tú sabes, se forma sobre los dientes como resultado de todas las veces que masticamos nuestros alimentos. Ahí queda la huella de algunas cosas que consumimos.

–¡Maravilloso! ¿Y cómo lo hacen?

–Primero debemos revisar los dientes y registrar cada detalle. Hacemos una evaluación dental y observamos si tienen caries, si tienen desgaste, si perdieron algunos dientes o si tenían una característica especial, entre otras cosas. Luego les tomamos fotografías y, después, teniendo el registro de cada mínimo detalle de los dientes, retiramos un poquito de sarro. A éste le añadimos líquidos para poder observar en el microscopio los almidones y fitolitos de las plantas consumidas por la persona.



–Suenan excelente, pero ¿qué son los almidones y los fito... eso que dijiste?

–Ay, lo siento. Los almidones son partes muy pequeñas de las plantas, y cuando las comemos, también comemos sus almidones. Los fitolitos son pequeños cristales que se encuentran en las plantas y también pasan por los dientes al comer. Cada día, al consumir alimentos, algunos restos muy pequeños se quedan pegados a la superficie de nuestros dientes, formando lo que llamamos sarro o placa dental.

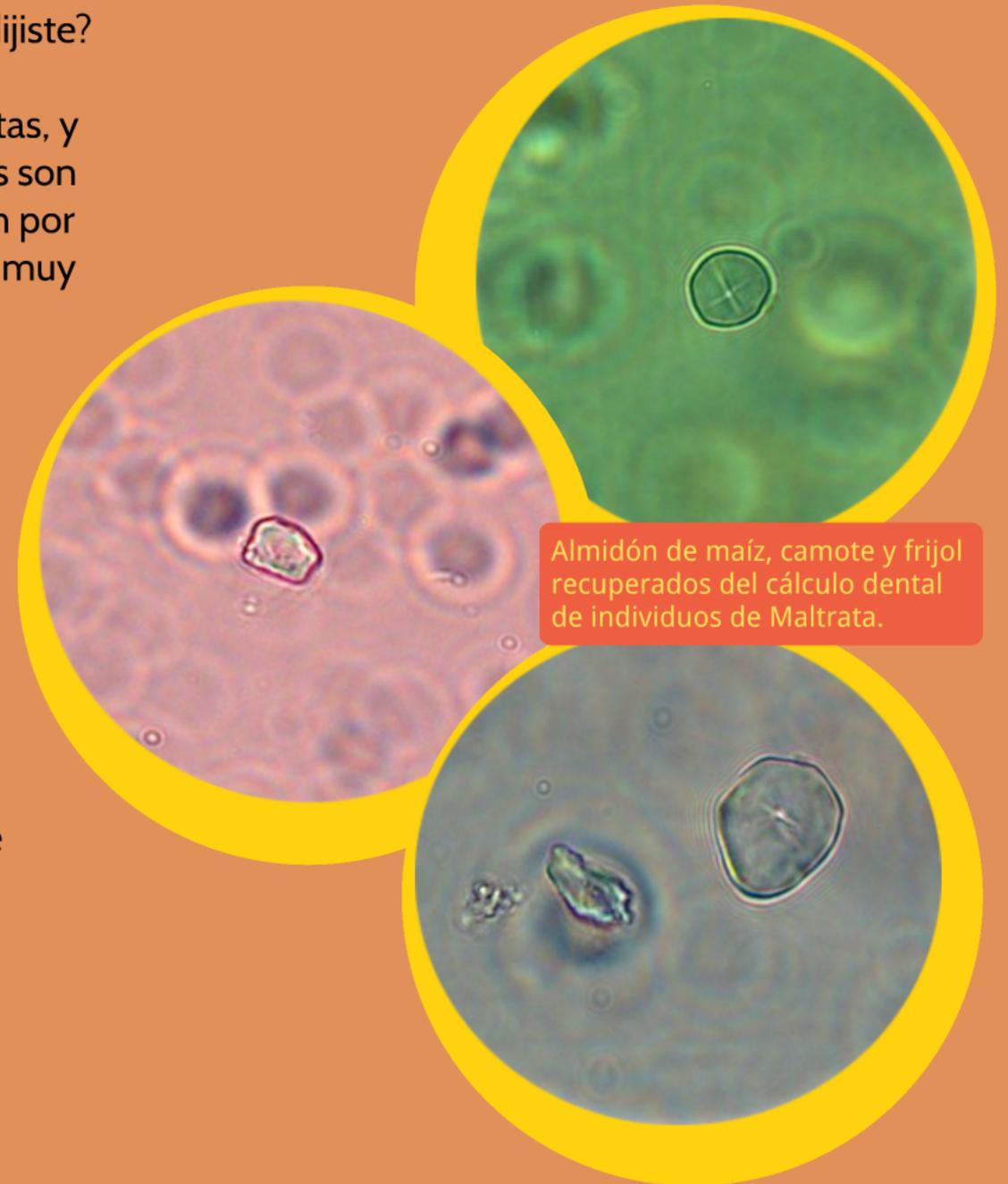
–Ajá, ¿Y qué les dicen esos almidones y esos fitolitos?

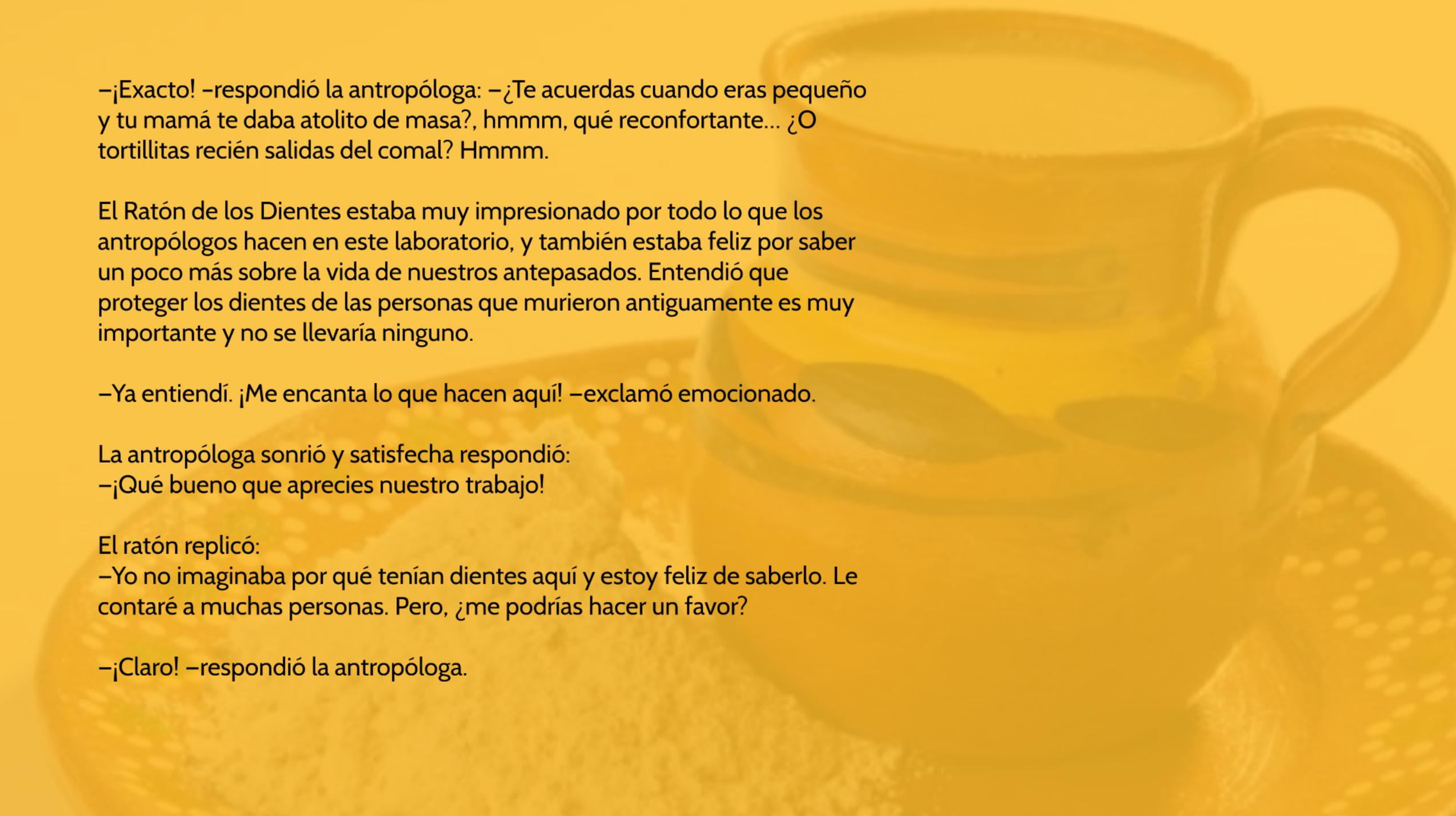
–Con los fitolitos podemos identificar qué tipo de plantas consumía la persona, y con los almidones, si la comieron hervida, cruda o machacada.

–¿Y qué comían las personas de Veracruz?

–Hemos observado que comían maíz hervido, chile, camote, tomate verde, frijol, entre otros.

–¡Órales! ¡Como tortillas de hace 2000 años o atole que les hizo su mamá!





–¡Exacto! –respondió la antropóloga: –¿Te acuerdas cuando eras pequeño y tu mamá te daba atolito de masa?, hmmm, qué reconfortante... ¿O tortillitas recién salidas del comal? Hmmm.

El Ratón de los Dientes estaba muy impresionado por todo lo que los antropólogos hacen en este laboratorio, y también estaba feliz por saber un poco más sobre la vida de nuestros antepasados. Entendió que proteger los dientes de las personas que murieron antiguamente es muy importante y no se llevaría ninguno.

–Ya entendi. ¡Me encanta lo que hacen aquí! –exclamó emocionado.

La antropóloga sonrió y satisfecha respondió:  
–¡Qué bueno que aprecies nuestro trabajo!

El ratón replicó:

–Yo no imaginaba por qué tenían dientes aquí y estoy feliz de saberlo. Le contaré a muchas personas. Pero, ¿me podrías hacer un favor?

–¡Claro! –respondió la antropóloga.

– ¿Recuerdas que entré aquí buscando los dientes que ya no me dejan bajo las almohadas?

– Sí, lo recuerdo.

– Bueno, pues esto pasa porque los niños de ahora no se lavan bien los dientes, comen mucha azúcar, comida chatarra y no usan hilo dental... ¡Un desastre!... Eso les provoca caries, ¡van a acabar con mi chamba!

Ayúdame a decirles que cuiden sus dientes y muelas, son muy valiosos, les ayudan a pronunciar bien las palabras y a masticar bien. Tienen que cuidarlos e ir con el odontólogo (dentista) dos veces al año para asegurarse de que esté todo en orden.

– ¡Por supuesto! Yo me encargo de hacerle saber esto a niñas y niños. Vas a ver que, en el futuro, encontrarás dientes sanos bajo las almohadas y podrás recompensarles por cuidar correctamente su salud dental.

Finalmente, el Ratón de los Dientes, se despidió de la antropóloga física para que siguiera trabajando y analizara dientes y muelas de personas del pasado:

- Muchas gracias. ¡Un gusto conocerla, antropóloga! De tanto hablar de comida se me antojaron unos camotes de Puebla, no he desayunado...

- ¡Adiós, Ratón! ¡Cuídate mucho!

Fue un día muy emocionante para él, conoció el valor del estudio de los dientes en nuestros antepasados, aprendió qué son los almidones y los fitolitos... ¡e hizo una nueva amiga!

# El Ratón de los Dientes y la alimentación de nuestros antepasados

Por Astrid Nava López  
Posgrado en Antropología, UNAM



Dedicado a las  
niñas, niños y  
jóvenes del  
valle de  
Maltrata.

Coordinación editorial  
Ada L. Torres Maldonado y Nohemí Sánchez Sandoval  
Diseño y Formación  
Nohemí Sánchez Sandoval  
Corrección de estilo  
Adriana Incháustegui López

